

Alice Kellen

El chico que dibujaba  
constelaciones

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

© 2020, Alice Kellen

Autora representada por Editabundo Agencia Literaria, S.L.

© 2020, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Imagen de portada: Lookatcia.com y Lim Yan Shan

Fotografía de la autora: Umami Brands

Primera edición impresa en España: noviembre de 2020

ISBN: 978-84-08-23457-9

Primera edición impresa en México: junio de 2023

ISBN: 978-607-07-9725-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

# 1

Recuerdo como si fuese ayer la primera vez que te vi.

Tuve la sensación de que un hilo invisible me obligaba a mantener los ojos sobre ti. Inquieta, caminé más rápido mientras abrazaba la bolsa de ganchillo donde llevaba una barra de pan aún caliente. Respiré hondo cuando te dejé atrás, todavía con el pulso acelerado. No supe qué fue lo que despertó aquello. Evidentemente, tú, claro. Pero me dije que tenía que deberse a algo más, como la despreocupación de tu postura, recostado como estabas sobre la fachada de un edificio. O por tu cabello rebelde y oscuro, cuando acostumbraba a ver a mis hermanos siempre con el pelo perfectamente engominado y la raya al lado. O por tu manera de sujetar el cigarrillo y mirarme con descaro.

Y tu voz. Sí, esa que escuché después detrás de mí.

—¿Necesitas ayuda? —No contesté. Apresuré el paso y tú me seguiste caminando a mi lado. Vi cómo tirabas el

cigarro al suelo antes de meterte las manos en los bolsillos—. ¿Vives lejos de aquí? —Más silencio—. ¿Se te ha comido la lengua el gato?

—No. Y gracias, pero creo que puedo sola con el pan.

Entonces contemplé por primera vez esa sonrisa tuya que me acompañaría durante el resto de mi vida. Era casi juguetona, pero cargada de intenciones. Peligrosa. Y, al mismo tiempo, reconfortante. Tanto que, cuando quise darme cuenta, me quedé embobada observándote. Por eso choqué con aquella señora malhumorada.

—¡Por todos los santos! —exclamó indignada—. ¡Mira por dónde vas, chiquilla! Estos jóvenes de hoy en día ya no saben ni cómo debe uno caminar por la acera.

Me echó una última mirada cargada de irritación antes de alejarse andando con la cabeza en alto y aires de grandeza. Entonces ocurrieron dos cosas: fui consciente de que tú me sujetabas del brazo y también de que el pan se me había caído en un charco.

—Tengo..., tengo que llevárselo a la señora...

—No te preocupes. Compraremos otro.

—No, no. —Empecé a ponerme nerviosa—. Tiene que ser de esa panadería y estaba a punto de cerrar cuando me marché, así que...

—¿Por qué solo de esa panadería?

—Porque dice que es el mejor de la ciudad.

Sonreíste otra vez. Cerrabas un poco los ojos cuando lo hacías y me fijé en que eran oscuros como una noche sin estrellas, pero intensos, abrasadores.

—Ven conmigo, te prometo que conozco un sitio en el que hacen un pan mejor.

—Yo... no puedo. Llegaré tarde. Y ni siquiera te conozco.

—Me llamo Gabriel.

—Pero...

—Ahora es cuando tú me dices tu nombre.

—Es que... tengo que irme...

Noté que dudabas. Y luego un Citroën DS pasó por la calzada y te quedaste mirándolo como todos hacíamos por esa época cada vez que un coche así aparecía. Pero no te mostraste anhelante contemplando las ruedas que giraban conforme se alejaba, sino tan solo pensativo y calculando tu siguiente movimiento.

—Está bien, hagamos un trato. Voy a conseguirte una barra de pan del mejor sitio que conozco y tú me esperarás aquí mientras tanto. Cuando regrese, me dirás cómo te llamas.

Estaba tan descolocada que no me salió la voz, pero asentí y me quedé allí hasta que te perdí de vista. Probablemente no sabías que no estaba acostumbrada a hablar con hombres como tú, porque a pesar de que aparentabas poco más de veinte años tenías los rasgos duros y marcados, y una seguridad a la que me costaba hacer frente.

Pero te esperé. No sé cuánto tiempo, quizá cinco o diez minutos. Esperé a pesar de que sabía que la señora Gómez se enfadaría si llegaba tarde. Pensé que aquel

pequeño riesgo valía la pena. Sonaba ridículo, pero fuiste el percance más inesperado de mi vida en meses. Tenía una rutina tan marcada que pocas veces me enfrentaba a imprevistos.

Me levantaba temprano, antes de que saliese el sol. Desayunaba pan con mermelada casera y leche que mi hermano solía traer el día anterior. Luego me marchaba a casa de los Gómez y llevaba a su hijo al colegio. Por suerte, Marcos era un niño encantador y de carácter tranquilo, nada que ver con su madre. Durante el resto de la mañana limpiaba aquella enorme casa, preparaba la comida y salía para hacer la compra. Después regresaba, servía los platos calientes en la mesa y terminaba las tareas hasta que llegaba la hora de recoger de nuevo a Marcos. Al caer la tarde, dos días a la semana asistía al colegio para adultos. El resto del tiempo ayudaba a mi madre en casa y, el domingo, si la semana había sido buena y me sobraba algo de dinero, salía con mis amigas a pasear por el centro de Valencia y comprábamos castañas asadas, maíz recién hecho o esos caramelos de nata que tanto me gustaban. Eran sin duda los mejores momentos de mi monótona existencia.

Hasta que tú apareciste, porque entonces todo cambió.

Llegaste cuando ya casi había decidido marcharme. Doblaste la esquina y volviste a sonreírme antes de alzar en alto la bolsa de papel con la barra de pan. Los nervios regresaron con tu presencia. Notaba los dedos como entumecidos mientras intentaba abrir el monedero, y no

era por el frío. Negaste con la cabeza y me obligaste a coger el pan.

—No me debes nada.

—Pero... debería...

—Insisto —susurraste.

—Muchas gracias.

Como no sabía qué más decir o hacer, me di la vuelta como una tonta y eché a caminar hacia la casa de la señora Gómez. Escuché tus pasos apresurados detrás de mí.

—¡Oye! ¿A dónde crees que vas?

—Trabajo ahí. —Señalé el edificio rojo.

—No está de más saberlo. —Sonreíste. Siempre parecías estar haciéndolo. Inspiraste hondo dando un paso hacia mí, y yo sentí que el aire a nuestro alrededor se cargaba de electricidad—. Tu nombre. Una promesa es una promesa.

—Valentina.

—Me gusta. Valentina...

En tus labios sonó diferente. Como cascabeles agitándose. O miel derramándose. Jamás hubo nadie que pronunciase mi nombre como tú lo hacías, con delicadeza y fuerza a la vez. Aquel día memoricé el sonido y lo guardé entre nuestros primeros recuerdos.

Farfullé un rápido «tengo que irme ya» y desaparecí dentro del portal. El esfuerzo al subir las escaleras no tuvo nada que ver con lo rápido que me latía el corazón. Mientras servía en los platos el guiso de carne con guisantes de aquel día y cortaba la barra de pan en rebanadas,

recordé tus ojos negros, cada gesto y palabra que habíamos compartido como si fuesen escenas fugaces de una película que deseaba memorizar.

Estaba tan absorta que casi tropecé al entrar al salón, pero logré mantener el equilibrio en el último momento y dejar el plato delante del señor Gómez. Hice un segundo viaje para servir a la señora y llevar la jarra con el zumo de naranja y el pan. Después me senté en la mesa que había en la cocina y comí un poco de lo que había sobrado, aún con aire distraído, pensando en ti, preguntándome por qué me habías impactado tanto cuando tan solo eras otro desconocido más; uno que, probablemente, no volvería a ver.

—¡Valentina! ¿Puedes venir un momento?

Me levanté y me limpié las manos con un trapo antes de ir al salón. La señora Gómez tenía una rebanada de pan en la mano y la miraba con el ceño fruncido.

—¿Necesita algo más? —pregunté.

—Este no es el pan de siempre.

—No. Es que... —dudé nerviosa.

—No muerdo, chiquilla —gruñó ella.

—Llegué tarde. Había cerrado —mentí.

—¿Y dónde lo has comprado?

—En otro sitio que está cerca.

Miró a su marido, que seguía absorto leyendo el periódico con aire distraído, y luego volvió a fijar su astuta mirada en mí. Me estremecí. Pensé que me despediría. Pensé que me diría que no volviese al día siguiente y tem-



blé solo de imaginar el momento en el que tendría que dar la noticia en casa, cuando no nos sobraba ni una peseta y mi padre era un hombre de paciencia escasa, más bien nula.

—Quiero que vuelvas a comprarlo.

—¿Este... este pan? —balbuceé incrédula.

—Sí. Eso es todo. Ya puedes irte.

Me giré y salí de allí a paso apresurado, aliviada y preocupada a la vez. Aliviada porque al parecer le había gustado el cambio y no iba a despedirme. Y preocupada porque solo tú sabías dónde vendían aquel pan y, o bien tenía la suerte de tropezarme de nuevo contigo, o bien debía prepararme para recorrer todas las panaderías de la zona.

De cualquier modo, ese día mi rutina se rompió.

Los cambios pequeños pueden ser significativos.

Y más cuando ese cambio fuiste tú, Gabriel.

Ahí estabas de nuevo, apoyado en la misma pared de aquel edificio donde te había visto por primera vez el día anterior. En esta ocasión te encontrabas solo y también llevabas un cigarrillo en la mano, pero lo tiraste cuando pasé por tu lado y me seguiste calle abajo.

—Valentina, Valentina... —murmuraste bajito.

Te miré. Reprimí una sonrisa. La tuya se acentuó.

—Necesito que me hagas un favor —dije.

—Vale. ¿Y qué me darás a cambio?

Fruncí el ceño y eso te hizo gracia.

Tenías luz en la mirada. Se te marcaban los hoyuelos en las mejillas cuando curvabas los labios. Y, al mismo tiempo, parecías misterioso y perspicaz. O quizá era cosa mía, que quería verte así, porque recuerdo que pensaba que nunca había conocido a un hombre más atractivo que tú, con ese aire rebelde. No entendía por qué parecías interesado en mí. Atravesamos la calle Pie de la Cruz a paso ligero.

—Así que tengo que devolverte el favor...

—Todo tiene un precio, Valentina.

Me detuve delante de la puerta del Mercado Central, que se alzaba majestuoso sobre sus robustas columnas para mostrar una exquisita combinación de metal, vidrio y cerámica; en su interior, podía apreciarse una gran cúpula coronada por una veleta. Ya desde los escalones que conducían hasta la puerta se distinguían las voces de los vendedores, el olor a pescado, especias y a fruta fresca de primera calidad.

—Está bien. ¿Qué es lo que quieres?

—Una cita. —Me observaste con atención.

—Yo... —Inspiré hondo—. No sé si... No puedo.

—¿Por qué no? ¿Estás casada? —Te falló la voz.

—No, pero no tengo tiempo para citas.

—¿Acaso no libras ningún día?

—Los sábados por la tarde. Y los domingos.

—Vale, el domingo me va bien.

—Pero esa no es..., no es la cuestión... —titubeé, con el corazón en la garganta. Incapaz de sostenerte la mirada, la fijé en la bolsa de tela que llevaba colgada del brazo—. Ni siquiera te conozco. No sé nada de ti. Y no puedo permitirme distrac..., distra...

—Distracciones —me ayudaste.

—Eso. —Estaba avergonzada.

—Pregúntame lo que quieras.

—No entiendo qué pretendes...

—Has dicho que no me conocías y tienes razón.

—Pero no sé..., no sabría por dónde empezar.

Me reí, porque la situación era tan surrealista que empezó a parecerme divertida. Tú siempre conseguías eso, que cualquier momento diese pie a sonrisas improvisadas. Quizá fue la determinación que encontré en tus ojos o que, en el fondo, a mí también me apetecía averiguar qué significaba ese cosquilleo que trepaba por mi espalda cuando estabas cerca.

—¿En qué trabajas? —Las palabras escaparon en voz baja.

—¿Eso es lo que más te interesa sobre mí? —Alzaste una ceja y negaste con la cabeza, como si supieses que mentía.

Y tenías razón. Porque lo que de verdad deseaba saber sobre ti eran otras muchas cosas, como si te gustaban las cerezas maduras o la sensación de la arena cálida de la playa contra la piel, si eras de los que cantaban en voz alta o si te asomabas al anochecer a tu ventana y mirabas las estrellas.

—Trabajo en el taller de tapicería de mi padre, pero sigo estudiando. Es una larga historia...

—Yo también estudio. Aunque es algo básico.

—¿Qué quieres decir con eso? —Casi de forma natural, tú retomaste el paso y entraste en el mercado, así que te seguí mientras pensaba en la mejor manera de explicarme.

—Viví y crecí en una casa de campo de un pueblo hasta que nos marchamos hace unos años. No fui mucho

a la escuela cuando era pequeña, estaba lejos y además tenía que ayudar con los animales y las tareas del día. Pero al mudarnos a la ciudad convencí a mi padre para que me dejase ir a clases nocturnas después del trabajo.

—¿Qué te enseñan en esas clases?

—Matemáticas. A leer y a escribir. En realidad, ya sabía hacerlo, pero era muy lenta y ahora cada vez voy cogiendo más... más...

—Práctica —dijiste sonriéndome.

—Sí. ¿Qué estudias tú?

—Filosofía y Letras. Entonces, ¿nos veremos el domingo?

Sonreí con timidez antes de apartar la vista y centrarla en un puesto de fruta. Recordé que la señora Gómez me había pedido que comprase naranjas, y las que había al lado de las manzanas tenían un aspecto estupendo. Cogí también mandarinas para el pequeño Marcos, que prefería comerse los gajos uno a uno a la hora de la merienda.

Cuando terminé de pagar, retomé el paso.

—Me estás haciendo sufrir, Valentina.

—No pretendo eso. Es solo que... no lo entiendo...

—¿Qué es lo que no entiendes? Sé clara conmigo.

Respiré hondo y dejé de caminar. Te miré a los ojos.

—No entiendo por qué quieres salir conmigo.

—Ya. Así que eres una de esas personas que buscan una explicación lógica y detallada para todo, ¿verdad? De las que nunca se lanzan al vacío sin pensar. Vale. Entonces te diré que quiero salir contigo porque me gustas. Y antes

de que tú respondas que no te conozco, me adelantaré y te aclararé que esa es precisamente la razón por la que necesito que pasemos juntos el domingo por la tarde. Si aún tienes dudas sobre qué es lo que me hizo fijarme en ti el otro día cuando te vi en la calle, bueno, no lo sé, y eso es lo mejor de todo, la parte del iceberg que se esconde bajo el agua, lo que no consigues ver ni aunque lo tengas delante de tus narices. No puedo darte una respuesta que todavía no tengo, solo sé que me encanta tu mirada desconfiada, que parezcas masticar cada palabra antes de soltarla y que ahora mismo estés interrogándome para aceptar salir conmigo...

Tu voz fue como un bálsamo y, por un segundo, me permití fantasear con la idea de pasar unas horas a tu lado sin estar en aquel mercado lleno de gente, olores y voces.

—Quizá podría salir contigo, sí.

—Me gusta cómo suena eso. —Curvaste los labios con satisfacción. Ese es el gesto que mejor recuerdo de aquel día: el dibujo de una media luna en tu rostro.

—... porque tengo que averiguar de dónde es el pan.

—Eso le ha dolido a mi orgullo —bromeaste.